

jantes á los ángeles, que es el mayor blason de los bienaventurados : de aquella virtud, que llevándola en vasos de barro (1), debemos guardarla con la mayor precaucion, y que se pierde con la mirada del basilisco, con el silbo de la serpiente, con el rugido del leon. Esta virtud, pues, que es la que distingue á las esposas de Jesucristo, la poseyó perfectamente Catalina, sin que la manchase jamas desde el dia de la gracia hasta su muerte. Temía á Dios, y todas sus cosas iban bien. Este temor santo era el principio fundamental de su altísima sabiduría.

La sabiduría. Este es el punto de vista en que nuestra santa aparece con todo el esplendor de su majestad. Este es el timbre que la ensalza, el blason que la distingue, lo que atrae sobre ella la aclamacion de la Grecia (2), los votos de Alejandría, la admiracion de los sabios, la confusion de los presuntuosos, las alabanzas de la iglesia (3). Los herejes elogian su sabiduría (4), los padres la celebran, los doctores la encomian. Unos la llaman filósofa, otros teóloga, estos doctora, aquellos apóstola, todos sábia universal (5); sábia dotada de una ciencia infusa (6); sábia siempre vencedora en sus tres principales disputas; disputas domésticas, disputas públicas, disputas tiránicas (7).

En toda ocasion acreditaba su sabiduría celestial. Efectos de naturaleza, misterios de la gracia, arcanos de la religion, puntos de fe, materias de dogma. Catalina lo sabe, lo penetra, lo profundiza, lo enseña. Vedlo. Disputas domésticas. Disputar con una madre, superar los sentimientos naturales, romper los lazos que preparan la carne, la sangre, el interes; soltar razones concebidas en el seno del amor, fraguadas en la razon del estado, meditadas con madurez y resueltas decisivamente; disputar así, allanar obstáculos, vencer, esto es propio de Catalina, cuando desecha las bodas que le propone Sabinela (8). Disputas públicas. Aquí, señores, es preciso renovar la memoria de los dias mas crueles y funestos para la iglesia : dias de rabia y carnaje, en que colaba á largos hilos la sangre de los cristianos por la espada idólatra; dias en que los escogidos llegaron á temer la venida del Antecristo; dias en que era un oprobio parecer cristiano, y una afrenta la confesion de Jesu-

(1) *D. Paul.* (2) *Pelb. serm. de la santa.* (3) *Eccles. in ejus Ofic.*
 (4) *Mench. t. 2. cent. 5. c. 10.* (5) *Cartus.* (6) *Baron. ann. 307.*
 (7) *San Vicente Ferrer, serm. de la santa.* (8) *Idem.*

cristo. ¡Qué tiempos! ¡Qué maldades! El siglo cuarto de la iglesia presenta una data de horror; no parece sino que se escribía con caracteres de sangre. Cristianos aherrojados, vírgenes afligidas, pontífices mutilados, templos derrocados, altares destruidos, libros sagrados condenados á la hoguera, catastas, ecúleos, ruedas, peines, aspas, aceros, anfiteatros, circos, gladiadores, fieras. Estos instrumentos destructores son una emanacion furiosa del odio implacable que tienen contra el catolicismo unos hombres políticos por sistema, populares por interes, crueles por complacencia, susceptibles de todos los vicios, porque estaban dominados de todas las pasiones.

Callaré los nombres de un detestable Diocleciano, de un execrable Galerio, de un abominable Cloro, de un perverso Maximino, de un impío Severo, de un vitando Teóctenes. Póngase para siempre en olvido este catálogo de sacrílegos. Bórrense de la memoria de los hombres los verdugos de un tribuno Andres, de un Antimo obispo. Acordémonos no mas de los triunfos que proporcionaron á la fe. En Zaragoza padeció un Valerio, Optato, Lupercio, Suceso, Marcial, Urbano, Julio, Quintiliano, Publio, Fronton, Félix, Ceciliano, Evodio, Primicio, Apodemio, cuatro Saturninos, Lamberto, santa Engracia con mártires innumerables. En Gerona Félix : en Barcelona Cucufate : en Córdoba Acisclo, Zoilo, Osio : en Mérida Eulalia : en Alcalá Justo y Pastor. La persecucion era general; se extendía desde oriente á occidente; hacia estragos formidables en Nicomedia, Alejandría, Palestina, Mauritania, Iliria, Tebayda, Egipto, Libia, Galacia, España, Italia, Africa, Roma... Roma, que en solo un mes vió diez y siete mil cristianos coronados con la palma del martirio. ¡Que no tenga yo la pluma, el espíritu, la expresion de Sulpicio Severo para pintar esta tempestad deshecha! Casi todo el universo, dice este escritor, fué teñido con sangre de mártires : parecia que toda la iglesia se aceleraba para dejar la tierra y volar al cielo (1). Esta era turbulenta es la que le prepara á Catalina trabajos y felicidades, combates y victorias, peleas y triunfos, argumentos y coronas, martirio y palma.

Lo vereis. Maximino manda por su edicto (2) que todos sus vasallos vengán á ofrecer sacrificios á los dioses. La orden se

(1) *Pint. de la Igles. t. 2. sigl. 4. pat. 39.*
 (2) *Baron. ad ann. 307, núm. 26.*

cumple. Yo leo con admiracion que por todas partes chorrea a sangre de las víctimas, que se sacrifican mas de ciento treinta bueyes, que las calles se cuajan de sacrificadores, que los templos son angostos, las plazas estrechas, los campos poco recinto; que el aire resuena con el confuso alarido de los animales, se carga la atmósfera con sus hálitos, se infecta, se corrompe. La gritería se aumenta, la confusion continúa; Catalina lo percibe, sale, corre á presencia del tirano: ve allí los ídolos adorados, olvidado el Criador, la religion profanada. ¡Gran Dios! ¡Quién podrá pintar los ardores de su celo! Hombre ciego (así le habla al emperador), no quieras precipitarte. Todos tus conatos son vanos. Adoras unos seres sin virtud, unos simulacros falsos, que tienen ojos y no ven, oídos y no oyen, lengua y no hablan. Ellos son obra de las manos de los mortales. Mira el cielo, ve los astros, admira las estrellas, observa su curso, su revolucion, su periodo; conviértete á la tierra; reflexiona sobre los elementos, las plantas, los vivientes; entra en ti, escudriña tu alma, tu corazon, tus potencias... ¡ah! ¿quién te crió? ¿quién te conserva? ¿quién ha de ser tu remunerador? ¿son esos leños perecederos, esos metales terrenos, esas frágiles estatuas?

No: es tu Dios, el Dios de paz, el Dios de misericordia, el Dios que quiere valerse de mi debilidad para humillar tu soberbia, como en otro tiempo se valió de una mujer para vencer á Holofernes, de unas trompetas para derribar los muros de Jericó... Catalina habla: ¡qué golpe de rayo para el emperador! Se entera de su nacimiento (1), quiere responder, no acierta (2). Sus consejeros se hallan confusos. Cúmplase el oráculo de Isaías (3): perecerá la sabiduría y entendimiento de los prudentes. Catalina hablaba á presencia del rey y no era confundida (4). La noticia se propaga: el emperador, entre confuso y perplejo, resuelve convocar los mas sabios de su imperio para que vengan á disputar con esta jóven de diez y ocho años. Si la vencen, serán premiados.

El edicto se expide; la convocatoria circula; llegan cincuenta sabios; el Altísimo prepara á su esposa un fuerte certámen; la auxilia; ella alcanzará el triunfo. Prepárase la aula imperial; se forma el teatro; las conclusiones empiezan. Venid, filósofos

(1) *San Vicente Ferrer, serm. de la santa.* (2) *San Antonín. p. 1. t. 8.*
(3) *Isai. c. 29. v. 14.* (4) *Psalm. 181. v. 46.*

chocarrereros, venid, libertinos del siglo diez y ocho, que soñando sistemas fementidos, vivis en una vida de delirio; venid, admirad en el sexo frágil los poderes de la sabiduría, la perfeccion de la naturaleza, la eficacia de la gracia. Al oír la relacion del combate de Catalina, humillaos bajo la poderosa mano de Dios, que nos dice en la Escritura: yo perderé la sabiduría de los sabios y humillaré el penacho de los soberbios. Una joven-cita disputa con los mas sabios de la Grecia y los confunde. Vos, ó Dios omnipotente, que haceis expeditas las lenguas de los infantes, pusisteis palabras de victoria en la de esta criatura. ¡Qué espectáculo! A presencia de un pueblo inmenso, Catalina sostiene la unidad de Dios contra los idólatras, la existencia de Dios contra los ateos, la divinidad contra Arrio, la humanidad contra los precusores de Nestorio, la Trinidad contra Sabelio, la existencia real en el sacramento contra los necios sacramentarios, la verdad de las profecías contra los judíos, la Encarnacion contra los fantasiastas, la Providencia contra los fatalistas. Así lo insinúa san Vicente Ferrer (1). Dichos de filósofos, sentencias de poetas, oráculos de Sibilas, testimonios profanos, todo lo emplean con esta mujer; las saetas vuelven contra los mismos saeteros, caen en el lazo que preparan, en la misma cueva que disponían para la santa.

¡Qué asombro! Una mujer, remedo de los Hipólitos, Justinos, Ciprianos; émula de los Gregorios, Orígenes, Dionisios, Agustinos; tan celosa como los Ambrosios, Atanasios, Anfiloquios; tan dulce como los Crisóstomos, Bernardos, Fulgencios... convertida en una armería científica, en una atarazana de verdad, donde el ingenio mas sublime halla un surtido de instrumentos para hacer guerra al error, hollar la herejía, pisar el áspid, pasar por encima del dragon. ¡Qué prodigio! Confúndanse, Señor, á presencia de esta mujer, todos los falsos adoradores que se glorían en sus simulacros; renuévese el instante en que la santa Marcela publicó vuestra victoria contra el demonio mudo que menciona el Evangelio; venza el jóven David al perverso Goliat; tráguese la vara de Aaron las otras varas de los Magos. Triunfe Catalina para gloria de la religion.

Sí: esto es hecho. Una mujer quebranta la cabeza á la hidra

(1) Véanse sus argumentos en *san Vicente Ferrer, tit. 3 de sus sermones, serm. de santa Catalina.*

del error. Ya los sabios manifiestan que lo son, apartándose de las tinieblas. ¡Oh emperador! ¡si conocieses el don de Dios! Así hablan: ¡oh si supieses los poderes de su diestra! tú te rendirías á la fuerza de la gracia. Las máximas del Pórtico no son las del Evangelio, y todo el Areopago no confundirá la verdad. Catalina dice bien, sus palabras son irresistibles, su fuerza superior, su evidencia manifiesta, su luz clarísima... somos cristianos... confesamos á Jesucristo: dispuestos estamos á morir por su amor. Ellos pronuncian, Maximino se enfurece, da el decreto, se enciende la pira, se arman con la cruz, reciben con el martirio el bautismo, mueren, sus cuerpos quedan sin lesión. ¡Qué gloria para el catolicismo! ¡Qué blason para Catalina! Ponderadlo bien, señores. Entre los muchos que convirtióó el Apóstol de las gentes, solo hallo que se haga mencion de un docto: este es Dionisio Areopagita. Convertir un hombre, es grande obra: un ignorante, es maravilla; un sabio, este es golpe magistral. Ved, pues, reducidos á la fe cincuenta sabios, y muertos por su defensa. Esto hizo una mujer que podía confesar de sí misma que era mas sábia que las que la precedieron (*Ecclesiast.* I, 16); una mujer, de quien Dios se sirvió para alumbrar á los ciegos, y para confundir la casa de Nabucodonosor; una mujer mas gloriosa por este triunfo, que Jael con el suyo contra Sisara, que Abigail y Tércutis con su consejo, que Débora y Judit con su espada; una mujer, de quien se podía asegurar como de la otra de Betulia, que no la habia semejante en sabiduría, en hermosura en toda la tierra; una mujer, que si ilustra su sexo por su virtud y sabiduría, lo decora con su martirio y su gloria. *Mulier.*

Jesucristo lo dijo: sed firmes en la batalla; permaneced fieles hasta la muerte; yo os daré la corona de la vida. Los reyes y príncipes de la tierra se conjurarán contra vosotros; en sus consejos y sinagogas os apremiarán, os maltratarán, os azotarán; no temais. No busqueis frases ni palabras para responderles, yo estaré siempre con vosotros; el Espíritu de mi Padre hablará; les llenará de confusion. El éxito ha confirmado siempre la realidad de la promesa. Catalina es buena prueba. Su celo la agita, la religion la interesa; ella se constituye su defensora, su mártir, su apóstola. La constancia, los milagros, la gloria de Catalina: ved aquí lo que forma el lustre de la iglesia, el pasmo del mundo, el decoro de su sexo.

Constancia de Catalina. Tú la pruebas, Maximino. Sí. El emperador siente toda la fuerza de una pasion por esta hermosísima criatura. El amor le inspira el lenguaje mas patético. Sus palabras son el idioma de su corazon, de un corazon que ama tiernamente á un prodigio de beldad. Serás feliz; ámame; quiérete á tí misma; poseerás mis riquezas, mi imperio, mi persona; nadie te precederá en lo vasto de mi dominacion. Oye la voz, no de un tirano, sino de una víctima de tu hermosura; eres poderosa para mí, y entre mi gloria y tu dicha no media mas que tu voluntad. Confiesa los dioses; serás diosa de la tierra... Expresiones seductoras, no quebrantaréis la constancia de esta vírgen; ella diria con Job: yo jamas me apartaré de mi inocencia. Soy esposa de Jesucristo. ¡Qué estallido tan formidable! Al nombre de Jesucristo, á este nombre santo, augusto, respetable, ¡qué mudanza! El cordero se transforma en un leon: ya no es un amante el que habla, es una furia del infierno, que no piensa mas que en vengarse. En el acceso fogoso de su ira Maximino habla, pronuncia sentencia, manda que se azote á esta mujer.

La ejecucion sigue luego al bárbaro precepto. Mujeres mundanas, que os adornais en el mundo para despojaros algun dia en los abismos, mirad el ejemplo que os da á todas Catalina. Ved á una jovencita delicada circuida de sayones malditos, que la despojan de sus vestidos (1), y queda con una desnudez afrentosa á presencia de un populacho insolente. Nervios de bueyes se emplean como mas duros. Se empuña el corbacho; el aire resuena; la tierra se estremece con los golpes. El tierno cuerpo se rasga; las venas se rompen; hilos de sangre que caen, forman regueros en el suelo; la carne cárdena, los huesos contusos... ah! ya dura dos horas el tormento: los mismos verdugos lloran (2). ¡Lágrimas crueles! Vosotras no salís sino para dar mas lugar á la cólera. Se muda de azote, se sustituyen varas con globitos de plomo. Catalina bendice á su Dios. La malicia no se apura. Planchas de hierro ardiente se aplican á su mortificada carne: ya sale el humo, y la quemazon deja llagas horrorosas... Ni esto basta. Garfios puntiagudos se hincan profundamente (3): arrancan la carne, descubren los huesos, se agota la inhumanidad, pero no la constancia de esta heroína.

(1) *San. Antonin.* p. 1. tit. 8. (2) *Metaphr.* al día 25 de noviembre.

(3) *Cart. serm.* de la santa.

De repente es trasladada á un oscuro calabozo. Ángeles de paz, que asombrados de su fortaleza la recreabais en aquel lugar de horror, decidnos lo que pasaba en su alma (1). Dichosa emperatriz Faustina, afortunado Porfirio (2), que la visteis entre la hediondez del ergástulo, sin comer en once días sino la comida celestial que le traían los ángeles (3); que oísteis de su boca vuestro futuro martirio; vosotros seriais unos panegiristas elocuentes que publicaríais toda la grandeza de su espíritu; espíritu que pasma de nuevo á Maximino, cuando la manda comparecer ante sí para probar su constancia. Nuevo combate, nueva victoria. El tirano insiste en su temeridad; Catalina en su confesion. Soy cristiana, soy vírgen, soy esposa de Jesucristo.

¡Qué confesion tan ingenua! Ella es seguida de una órden extraña, inaudita, singular. Apúrese la fuerza; discúrrase un tormento nuevo para acabar con esta criatura extraordinaria. Maximino habla; sus consejeros inventan una máquina infernal (4). Cuatro ruedas sembradas de afilados cuchillos, agudas leznas, aceradas navajas, se disponen con un órden opuesto, en sentir de algunos autores; unas están dentro de otras; la rueda dentro de la rueda, por hablar como Ezequiel; al movimiento que le preste un ingenioso resorte, el cuerpo de Catalina se hará menudos pedazos. Se le presenta esta diabólica invencion; Maximino habla: Catalina le contradice; el prefecto increpa severamente: Catalina resiste; el presidente ofrece ídolos: Catalina los despedaza; el tirano brama: Catalina no teme; el impío expide decretos bárbaros: Catalina los recibe con gusto. Maximino manda que se ponga en movimiento la rueda. ¡Santo Dios! no desampareis esta tierna criatura. Ya empieza su preparacion: luego cortarán, rajarán, despedazarán... ¡Pobre Catalina!... ¿Pero qué? La santa ora; los milagros empiezan; las ruedas se desencadenan, se desencajan, se hacen astillas, retroceden con furia contra los gentiles; mueren cuatro mil de ellos (5), dice el Cartusiano. Aquí se verifica la sentencia del Espíritu santo: rómpese la rueda, y reduce á polvo el lugar de su nacimiento (6). Catalina sale triunfante. Faustina, Porfirio, doscientos soldados movidos del milagro confiesan la fe (7), dan la vida por el Señor. Irrítase

(1) *San Vicente Ferrer.* (2) *Teatr. vit. human.* (3) *Idem.*
 (4) *Cartusian. idem.* (5) *Cartus. in hist. Sanctæ.* (6) *Eccles. 12. v. 6.*
 (7) *Metaphr. al día 25 de noviembre.*

mas el ánimo de Maximino y decreta que la corten la cabeza.

Señor, vos escribisteis en el libro eterno los días de Catalina; su día llega; el año diez y ocho de su edad será el último de su vida. Vos la protegereis como lo habeis hecho hasta ahora. Sí, oyentes: Catalina confía en su Dios, y camina gustosa hasta el suplicio, con una soga al cuello, atadas las manos, tirada por ministros, desnuda, llagada, corre las calles de Alejandría; el pregonero publica la sentencia; un numeroso concurso la sigue; las gentes lloran; la santa las consuela. Llegan al lugar del suplicio. Aquí se regocija su alma en el Señor; le pide asista á los devotos que la invocaren en la vida y en la muerte; oye una voz celestial: ven, esposa mia, el cielo está abierto, tu ruego está concedido (1). Cumplióse ya el deseo de nuestra santa; va á ver rotas las cadenas de su mortalidad. Un soldado empuña el acero, descarga el golpe, consuma el crimen, corta aquella preciosa cabeza, digna de la diadema del universo. Los milagros continúan. De la herida corre leche con abundancia (2): los ángeles bajan, recogen este licor, trasladan su cuerpo al Sinaí, acompañan su alma á la patria. Sube con triunfo; las puertas eternas se abren; los coros divinos entonan; el ejército de mártires se alegra; los doctores la pretenden en su clase; las vírgenes la numeran en su catálogo; los apóstoles la asocian á su compañía; el Padre eterno la bendice; el Hijo unigénito la aplaude; el Espíritu paráclito la celebra; toda la Trinidad la corona (3). Esto sucede en el cielo, y en la tierra se ve su cuerpo lleno de gloria. Su sepulcro es glorioso. Los ángeles son los que conducen su cadáver, lo colocan en el Sinaí (4). Allí se advierten maravillas estupendas. La veneracion con que miran las reliquias de esta santa los dominicos de Barcelona y Montalvan, la parroquial de Murcia, de Alcira, San Salvador de Ambéres, Italia, Venecia, Praga, Holanda, Roan, España, esto prueba cuán aceptable es su memoria. Memoria de Catalina; memoria gloriosa en los fastos de la religion, en los anales de la iglesia, en la historia del catolicismo. Todos se esmeran en su elogio, en su culto, en su devocion. Padres: un Crisóstomo, un Agustino, un Ambrosio. Doctores: un Florencia, un Aquino, que asegura (5) que excedió á la prudente Abigail en la ética, á Té-

(1) *Pelb. Serm. de santa Catalina.* (2) *Eccles. in Offic. pr.*
 (3) *Ponc. Cant. 12. f. 159.* (4) *Eccles. in orat. Offic.*
 (5) *D. Thom. trat. 16, fol. 42, cap. 2, serm. de santa Catalina.*

cuítis en la física, á Débora en la lógica. Santos : un Bertran, un Ferrer, un Domingo, un Francisco. Universidades : las mas célebres (1) la miran como abogada y patrona; en muchas el sello que se pone en el testimonio de los grados, es el signo de santa Catalina (2). Religiones : la esclarecida de Predicadores (3), la ilustre de san Agustín, la sagrada de Trinitarios, la provincia de Franciscos descalzos de Valencia, unas la veneran como patrona, otras la honran con una celebridad especial. Catalina, como que se merece estos obsequios por su beneficencia con los hombres.

Apariciones : santa Ludgardis es visitada por santa Catalina en su monasterio de Longres, y le promete de parte de Dios el don de la perseverancia (4); en el convento de *Como* se le aparece á san Pedro Mártir, y le consuela (5). En el nuevo reino de Granada se le aparece á san Luis Bertran (6). Si los dominicos saben el origen de la imágen de santo Domingo en Soriano, lo deben á una aparicion de santa Catalina (7). Santa Gertrudis la vió en una vision sublimada en un trono de gloria, con los cincuenta sabios convertidos (8), que le servian de retaguardia. Todas estas maravillas mueven dulcemente los ánimos para que en todas partes se dediquen templos, se construyan capillas, se edifiquen oratorios en su honor. Esto movió sin duda el real ánimo de la reina doña Catalina de Aragon, mujer del rey don Martin, para fundar en Valencia la suntuosa parroquia de la gloriosa santa Catalina vírgen y mártir (9), de las mas antiguas de la ciudad, y la primera que se vió concluída (10).

Sí, amados oyentes; la que nacida en el gentilismo fué dotada de entendimiento para conocer la verdad, fué una mujer. La que abjuró el error y confesó á Jesucristo, fué una mujer. La filósofa, teóloga, doctora, aritmética, geómetra, música, fué una mujer. La que pasmó el Asia, África, Europa : la que fué oráculo de Roma, de Alejandría, fué una mujer. La que disputó en pública palestra con los cincuenta mas sabios del

(1) *Navarr. in Man. capit. 9 in fn.*

(2) *Nicol. Serr. quest. 2 de santa Catalina.* (3) *Lopez. cap. 83.*

(4) *Ribaden. dia 16 de junio.* (5) *Idem. 29 de abril.*

(6) *Seraf. Hist. de Sto. Domingo, p. 31.* (7) *Boland. dia 30 de abril.*

(8) *Revel. 2. Gertrud. l. 4. c. 57. fol. 279.*

(9) *Escolano, I. Década de la Hist. de Valenc. P. 1. l. 5. col. 919.*

(10) *Idem.*

mundo y los venció, fué una mujer. La que superó astucias, caricias, amenazas, azotes, plumadas, ruedas, fué una mujer. La que triunfa coronada en el cielo, es una mujer. La que es el auxilio comun en los mayores conflictos, es una mujer. Esta mujer es Catalina. Catalina, la gloria, el lustre y decoro de su sexo. Ved pues compendiado su elogio en esta sola palabra : la mujer buena : *O mulier!*

Señor! vos fortalecisteis á Catalina con el poder de vuestra diestra : vos os complacereis con los obsequios que la tributamos, alabando en todo las maravillas de vuestra gracia.

Gran Dios! recibid estos homenajes consagrados á vuestra Omnipotencia, que tanto brilla en vuestra esposa. Santificad por su intercesion nuestras almas; dadnos vuestra paz, concedednos vuestra gloria. Amen.